

¡Judas!

Novela corta
(1897)

José E. González Quiara¹

I

En la primavera de 1864, mi tío fue a tomar posesión de la estancia que había comprado en el pueblo de Rocaverde.

Con verdadero júbilo abandonamos la ciudad donde nos moríamos de tedio, para ir a respirar el aire puro de las montañas.

Mientras embalábamos los cachivaches y poníamos en orden las ropas de los baúles, mi tío, que era un gran carácter, no cesaba de repetir:

—¡Buen negocio! La estancia es una mina, un filón que voy a explotar a mi gusto. Ochenta y tantas cuerdas de terreno bonitamente sembradas de café, tabaco y qué sé yo qué otras cosas más.

Dejó mi madre su tarea para preguntarle:

—Y la pesca ¿cómo anda por Rocaverde?

—Me ha dicho el viejo Bonet que se pescan anguilas y, sobre todo, que abunda el *carite*, el único pescado que me produce bascas.²

1 Los datos que ofrece Josefina Rivera de Álvarez en su útil *Diccionario de literatura puertorriqueña* son un primer paso para exponer la trayectoria y desarrollo de José E. González Quiara (Mayagüez, 1860?-1902). Da cuenta de la labor del periodista, novelista y dramaturgo. Como periodista, dirigió el semanario *La Revista Blanca* (1896); luego, el periódico político-satírico *La Bruja*, y posteriormente funda en agosto de 1898 el periódico regionalista *El Vesubio*, que dirigió hasta sus últimos días como periodista. Como dramaturgo, escribió tres obras: *Rahel*, *El vengador* y *La perla de Granada*, todas inéditas y posiblemente perdidas. Como novelista, produjo *Vida amarga* (1897) y *Juanillo* (1900). Escribió, además el poema en prosa *Az-Zahara*, de tendencia orientalista, la novela corta ¡Judas!, publicada en *La Revista Blanca* en 1897 y el cuento «El rey sabio», publicado también en la misma revista. Si bien González Quiara cultiva la novela extensa afiliada al naturalismo, como en *Vida amarga* y *Juanillo*, en ¡Judas! lo veremos más cerca de la narrativa realista atravesada de humor, un humor cercano al de Miguel de Cervantes y Benito Pérez Galdós. M.A.N.

2 Bascas: náuseas.

–¡Tonto!, porque no te he confeccionado yo todavía un buen plato de escabeche. ¿Qué sabes tú? Ya verás cómo te chupas los dedos.

–¡Ca!, me repugna ese diablo de *carite*³ que no huele bien. Lo confieso ingenuamente. Feliciano: me agrada mucho, muchísimo más el *casabe*.⁴ Este sí es un pez ligero...

–En el mar?

–Quiero decir, que sobre la mesa es un pescado sabroso.

–¡Sobre la mesa ¿eh? Serafín, Serafín, eres un bicho raro. Vives al revés de los hombres. ¡Que te gusta el *casabe*! Mire usted que gustarle un manojo de espinas!

Nos reímos la criada y yo de las simplezas de mi tío, y continuamos envolviendo las *chucherías* de cristal en trapos y papeles para que no se hicieran añicos con el traqueteo de las carretas.

–¿Y crees tú–preguntó mi madre a Serafín con una sonrisa irónica–que cosecharemos café y tabaco en la estancia que tanto ponderas?

–Y cómo no? Bonet me lo ha asegurado. Es una tacita de oro. El antiguo dueño vendía en el mercado del pueblo, próximamente de trescientos a cuatrocientos quintales.

–Ta, ta, hombre de Dios! Eres un zanguango.⁵ Bonet me lo ha contado todo. El antiguo dueño se moría de hambre, porque es un terreno estéril que ni siquiera produce calabaza o yautías.

–¡Voto a...! ¿quieres incomodarme?–gruñó el vejestorio, mordiéndose el bigote–¿quién tal dice?

–Bonet

–Pero si Bonet es un imbécil.

–Que te ha engañado.

–¿A mí?

–¿Cuándo y por qué?

–Con respecto a la pesca.

–Déjame en paz; eres insufrible.

³ (Cuba) Pez parecido al pez sierra, pero más largo y delgado. Martín Alonso, *Enciclopedia del idioma*, tomo I, Madrid, Aguilar, 1958; p. 951.

⁴ (Cuba) Pez de las Antillas, que tiene un palmo de largo y forma media luna. Alonso, *op cit.*; p. 971.

⁵ Persona joven, bobalicona. Alonso, *op. cit.*, tomo III; p. 4235.

Rióse mi madre y dirigiéndome una mirada burlona, exclamó:

–Hijo, mi hermano testará en favor tuyo... un Zahara.

–Vete al cuerno!

Salió disparado como un cohete y nosotros proseguimos embalandos los chismes.⁶

–Ese hombre me exaspera–suspiró mi madre, enjugándose el sudor que le bañaba la frente.–Es un espíritu de contradicción. ¡Si una dice que el cielo es azul, el maula⁷ jura que es color de chocolate. ¡Qué geniazo! Pues no quiere que vaya yo a misa con un sombrerete de grandes rosas? ¡Como si se tratara de una joven de diez y ocho abriles! ¡Es un loco! Ayer tarde díjome que iría al campo de chistera y frac. Sí, sí, es un viejo atroz! No crees, Perico, que es un maniaco? Me reí como un idiota.

La idea de que Serafín estuviese loco, me henchía la boca de carcajadas.

–No seas memo.⁸ ¿Por qué te ríes así?

Bajé la cabeza y pellizqué con disimulo el brazo de la criada Gertrudis, robusta mocetona que enrojecía cuando yo la miraba con ojos picarescos.

–Buen pillo⁹ eres tú–continuó mi madre, quitando las telarañas a un jarrón de cristal.

Me amosqué.¹⁰

Sin duda, ella había sorprendido el halago.

Gertrudis carraspeó y fue a tomar un poco de agua.

–Serafín te molerá los huesos como no te endereces y adquieras una gran dosis de educación. Vas a perder hasta las uñas en los cafetales de tu tío.

⁶ Chisme: trastos, cachivaches. Alonso, *op. cit.*, tomo I; p. 1360.

⁷ Maula: persona tramposa y mala pagadora. Alonso, *op. cit.*, tomo II; p. 2748.

⁸ Memo: tonto.

⁹ Pillo: del picaro que no tiene crianza ni buenos modales; sagaz. Alonso, *op. cit.*; tomo III, p. 3277.

¹⁰ Amoscarse. Según María Moliner, «Sentirse alguien ofendido o molesto por alguna cosa que se le dice». *Diccionario del uso del español*, volumen I, Madrid, Gredos, 1992; p. 169. En Puerto Rico, «abochornarse».

Dibujó en el semblante un gesto desdeñoso y suspendió la tarea para sacudir su empolvado matiné.

–Tu tío–murmuró sin dejar de reírse–es un zoquete.

Hubo una breve pausa.

Serafin penetró en la alcoba lleno de júbilo.

–Aquí está Bonet. Viene a decir la verdad. Entre, hombre, y describa con sus pelos y sus señas el edén que he adquirido por cuatro cuartos. Entre sin miedo: aquí somos demócratas. Ea, hable sin escrúpulos.

Dejó expedita¹¹ la puerta para que Bonet introdujera en la alcoba su larga nariz.

Sobre una silla dejó mi madre la sartén que limpiaba, y fijó sus ojos en Bonet, que se desgoznaba¹² en cortesías y genuflexiones.

No pude contener una carcajada que la autora de mis días cortó de un sopapo¹³, con la mayor naturalidad.

Arrogante vejancón¹⁴ el presunto mayordomo.

Alto, enclenque, nariz luenga¹⁵ y verrugosa; ojillos pardos y bailadores que derrochaban un caudal de astucia; boca grande, así como un cesto de sonrisas hipócritas; entrecano el pelo; cejudo, lampiño, pródigo en zancas¹⁶, escaso de asentaderas y vestido de chaquetón y pantalones de dril, empleita¹⁷ de grandes alas y zapatones claveteados.

¹¹ Expedita: libre, sin estorbos.

¹² Desgoznarse. Desquiciarse. Salirse la puerta de sus goznes. Desgonzarse. Desencajarse. En Puerto Rico, «desgonzado», decaído (el cuerpo) por falta de ánimos, destartalado.

¹³ Sopapo. Golpe que se da con la mano debajo de la papada. Alonso, *op. cit.*; tomo III; p. 3823.

¹⁴ Vejancón: aumentativo d «viejo».

¹⁵ Luenga: larga.

¹⁶ Zancas: pata de las aves; pierna humana larga y flaca. Alonso, *op. cit.*, tomo III, p. 4233. Puede observarse en esta descripción, además del uso de la fisiognómica o la expresión del alma mediante los rasgos físicos de la persona, el vínculo con el animal, en este caso con las aves zancudas. Es típico de la novela naturalista y realista, aun cuando sus orígenes parecen proceder a la narrativa de Víctor Hugo, sobre todo de *Los miserables* y *Nuestra Señora de París*, novelas en las cuales el genio francés se vale de la descripción de sus personajes comparándolos con animales. En Puerto Rico, lo han hecho Luis Bonafoux (*El Avispero*) y Manuel Zeno Gandía en *La charca* (la vieja Marta) y *Garduña* (personaje que da pie al título de la obra), entre otros.

¹⁷ Empleita: debe de ser «sombbrero».

Enroscábase a su cuello un foete cuyo mango remataba en una culebra de bronce.¹⁸

Bonet hablaba rascándose la nuca y escupiendo por el colmillo.

La estancia que había comprado ño Serafin no era de las peores. Noventa *cuerditas* que bien *adovadas* producirían algunos quintales de café; dos o trescientos... por ahí. Pero ¿y los postes? Si la yerba de guinea daba para proveer a los animales del mundo entero. Sin embargo, como abundaba *la materia* poco provecho se obtendría, por ahora.¹⁹

Hizo una descripción rápida y grotesca de los árboles, del tabaco, de los caballejos²⁰, y del ganado vacuno.

–Poquita cosa–añadió–pero andando el tiempo la estancia de usted será un grano de oro.

Elogió su actividad, sus conocimientos en agricultura y su valor.

¡Ah!, él no se dejaba escupir de ningún pati amarillo (así llamaba a los montañeses). Con su *quimbo afilao* hasta la punta y un *trago* en el cuerpo, no temía él a nadie, ni al nene Camacho, un negro que *repartía* bofetadas monumentales.²¹

Luego, sin dejar de rascarse la nuca, entró en el resbaladizo terreno de las peticiones.

–¿Por qué no me regala un gabán, ño Serafin? El aire de la *amanesca jiere* como *vildrio*...? ¿Dónde está el *esquilete*? Con un arma de esa *manifestura*, me burlaría yo de los ladrones.²²

Volvióse a mi madre y le dijo con gravedad:

–Ña Feliciana: ¿tiene por ahí una jigüera de café?

Estaba yo encantado con aquel viejecillo encorvado como una c

¹⁸ Obsérvese más aún el vínculo con el animal, es este caso, la culebra como símbolo del mal, de lo demoniaco y del embaucamiento.

¹⁹ En este pasaje, González Quiara coloca en labios del narrador el discurso del personaje (Bonet). Se trata del discurso indirecto libre que el autor real resalta mediante la cursiva.

²⁰ Al utilizar palabras despectivas, el narrador resalta la negatividad de la finca que Bonet quiere presentar como un paraíso a Serafin.

²¹ Nótese nuevamente el uso de vocablos de sabor jibaro para referir el lenguaje de Bonet.

²² En este caso, ya en palabras del mismo jibaro se resaltan algunos vocablos: «amanesca jiere como vildrio», «el aire del amanecer hierre como vidrio»; hasta llegar al disparate: «manifestura».

mayúscula. Era un lince el futuro mayordomo. Seguramente se tragaría la estancia y nos dejaría en pelotas.

–¿Qué ta?–preguntaba a todos Serafín, como un valiente que ha salido victorioso.–¿No tenía razón? Ya lo oyes Feliciana; la finca es un diamante. Confesión de Bonet.

–Confesión de un imbésil–expuso mi madre con tono solemne.

–¡Cómo!

–Tú lo has dicho.

Bonet regresó de la cocina, adonde se dirigiera en busca del café *prieto*, y murmuró:

–Ña Feliciana: tempranito, a la *amanesca*, les traeré los carros. ¡*Jasta otra!*

Se despidió sonriendo y caminando hacia atrás como los *jueyes*, y yo quedé con la boca abierta, como si se hubiese desvanecido ante mis ojos una hermosa visión.²³

II

Partimos al día siguiente en una tartana incómoda, oscura, baja de techo, reducida como el alma de un avaro y ataca del baile de San Vito.

En saltos y contorsiones, era el *non plus*,²⁴ una *estrella*, una acróbata sin rival.

Reíanse los cojines, exhibiendo en cada rasgadura la crin de que estaban atiborrados.

Mi tío, que se quejaba de una enfermedad entre las piernas, no podía estarse quieto ni un solo instante, afirmando que la maldita y puerca tartana era un cajón detestable con alfileres punta arriba; confesión e inquietud que hacía mucha gracia al tunante del cochero, un mocetón parlanchín que gritaba a los jamelgos cuando se obstinaban en no mover las uñas.

–Pariente, arre con el coche: ya estamos a la vera del pueblo: un poquito *pa lante* y sanseacabó.

²³ Este fragmento de la novela se publicó en *La Revista Blanca*, año I, número 33, 7 de marzo de 1897; pp. 316-318.

²⁴ *Non plus*. Frase latina: no más; lo máximo.

El vaivén de la tartana y el trotar de los violines²⁵, adormecieron dulcemente a mi madre, la cual cabeceaba junto a Serafin, sumido a veces, y cuando se lo permitían *las señoras de adentro*, en cavilaciones profundas.

–¡Arre! ¡Arre!–gritaba el cochero; y yo que no soy poeta, ni pintor, ni turista, y que me agradaban más, muchísimo más los ojos de Gertrudis que los paisajes y os horizontes, me entretenía en acariciar las manos de aquella cachorra tan guapa y... tan velluda.

–Estate quieto, Perico–baluceaba ella con voz temblorosa, acercando su rostro al mío para que nadie lo oyese.

Viaje más delicioso no volveré a saborearlo en el resto de mi vida. Pero ocurrió de repente, que una de las ruedas de la tartana tomó las de Villadiego, y dio con nuestra humanidad en los pedruscos de la carretera.

Caí sobre Gertrudis y mi madre sobre Serafin. Fue un final de sainete para este cura y desenlace trágico para mi tío.

¡Qué lengua la del vate!²⁶

Era un bribón el cochero, Feliciano era estúpida, yo un sinvergüenza y Gertrudis la estampa de la herejía [sic]²⁷.

Se acarició el cogote; soltó un eructo [sic]²⁸ y se tendió panza arriba debajo de un árbol.

Siguióle mi madre, que tenía la boca llena de carcajadas y burlas, y yo ¡claro!, me senté *cabe*²⁹ a la mocetona de mis deseos.

Estuvimos allí como jitanos [sic]³⁰ vagabundos, hasta que remendado el carruaje, dispuestos a continuar el via-crucis los jamelgos³¹ y

²⁵ Palabra castiza, «Parte del atelaje (tiro o conjunto de caballerías que tiran de un carro) en los carros de la Mancha, que consta de una vara y varias correas, sirviendo como de yugo sobre las colleras de la dos caballerías de lanza». Alonso, *op. cit.*, tomo III; p. 4179. Entiéndase el ruido que hacen los caballos.

²⁶ Vate: adivino, profeta; poeta. Es obvio que aquí se utiliza de forma irónica.

²⁷ Herejía. Error en materia de fe, sostenido con pertinacia. Alonso, *op. cit.*, tomo II; p. 2251. Entiéndase maledicencia.

²⁸ Eructo. Gas expelido con ruido por la boca.

²⁹ Nótese el subrayado de la preposición arcaica «cabe», que podía significar «al lado de».

³⁰ Gitanos.

³¹ Jamelgo. Del latín *famellicus*, hambriento. Caballo flaco. Alonso, *op. cit.*, tomo II; p. 2441.

bien esponjados los cojines, emprendimos la marcha con un zarandeo adormecedor y un trotecito corto, que amenazaba trocarse en absoluta inmovilidad.

A veces, el maniaco, con humos de poeta, describía a mi madre, que roncaba profundamente, la galanura de tal o cual panorama, o la belleza de un guaraguao³² que cernía su hambre en el azul del cielo. Cuando corría por el valle de la literatura, ni una montaña detenía a Serafin. ¡Desdichado! No tuvo auditorio en aquella ocasión, porque hasta el cochero, cansado de arrear a sus *parientes*, habíase hundido en agradable sueño.

—“Las caricias del sol a las flores; el jugueteo del aura entre las frondas; el blando rumor de alas amantes”, declamaba Serafin, mientras yo, recostado en el hombro de Gertrudis y envolviéndola en miradas ardientes, le decía sotto voce³³:

—Dame un beso, mulatona!

¡Ah mis catorce veranos! Si me hubieran dicho entonces que años más tarde había yo de aborrecer a las Venus de polizón y medias rojas, sin duda que me hubiera reído a lágrimas y mocos.

Llegamos al pueblucho de Rocaverde y nos apeamos, doloridos y maltrechos, en una fonda para llenar nuestros vacíos estómagos.

Horas después, y por entre un grupo de casa, aparecieron las carretas, en una de las cuales se ostentaba gallardamente el futuro mayordomo.³⁴

III

Las grandes peloteras armaron Serafin y Feliciana, discutiendo sobre si la estancia era o no una tacita de oro. Al despuntar la aurora, al medio día, por la tarde nos encaminábamos monte adentro, mi madre con su paraguas rojo y un pañuelo de madrás anudado a la cabeza; mi tío con sombrero de alas descomunales, sobretodo y

³² En el texto de la revista se coloca diéresis sobre las u.

³³ *Sotto voce*: del italiano. En voz baja.

³⁴ Este fragmento de publicó en *La Revista Blanca*, año I, número 34, 14 de marzo de 1897; pp. 326-327.

gafas verdes, y yo en mangas de camisa *al viento los bucles* y descalzo.

Reñían como verduleras.

–Tacita de oro! Vaya, idiota, dime si todo esto no es un arenal.

–Pero Chanita ¿no tienes ojos en la cara? ¿Y estos arbustos de café? ¿Y estos árboles? ¿Y estos riquísimos pastos? ¿Y estos...

–Vete allá, hombre; de lo que tu fantasía describe nada veo en esta pelambre. Has hecho un gran negocio, colosal, digno de un torpe como tú.

–¡Eh! ¿Qué dices, Chanita?

¡Pum! Estallaba un petardo; reventaba un polvorín, caían sobre mi cabeza coscorriones, y sombrerazos; centuplicábanse las mímicas del *trovador*; el paraguas de lo llevaba el viento juntamente con el *empleita* y las gafas verdes, hasta que rendidos, sudorosos y con ganas de hacer las paces, uníanse como buenos camaradas los gruñones e irascibles hermanos y partían por entre mayas, bejuocos y troncos hacia la casucha para tomar café o engullirse la sopa de habichuelas, plato indispensable en la mesa de Serafín.

La estancia no era en verdad un desierto como aseguraba mi madre. Vasta extensión de tierra fértil, erguíanse por doquier naranjos con azahares olorosos, caimitos con hojas moradas y verdes, palos de que-nepas, guayabales soberbios, aguacates fecundos, cedros y caobas.

Ofrecíanse los racimos de guineos dátiles, bajo anchas hojas desflecadas; mecíanse los cafetos en la penumbra de la selva y en la margen del río infinidad de flores saturaban el ambiente de suaves y delicados perfumes.

Ah, sí; era encantador aquel lugarcito en el barrio de Machuchal. Por doquiera que me asomaba, veía las chozas de los labriegos, el ganado vacuno, dos o tres pencos³⁵ roñosos y manadas de ovejas.

La casita donde habitábamos no competía con ningún palacio oriental, pero sí reunía muchas comodidades, y hasta presentaba hermoso aspecto. Tenía ventanas con enredaderas, baño con azulejos y jardín con bosquecillos de rosas.

³⁵ Jamelgo, caballo flaco. Roñoso: sarnoso.

Junto a la casita, lebantábase el gallinero y más allá un glacis con su caseta para encerrar el grano, sobreponiéndose a todos el ranchón donde roncaba la máquina de descascarar el café.

Buenos peones había en la estancia. Uno de ellos que charlaba como una vieja, terminaba siempre las frases de su conversación con este monótono estribillo: ¿eh?

–Las vacas que yo cuido están bien gordas ¿eh? La berrenda *produce* diez cuartillos de leche ¿eh?; pero las *josca* no pare como Dios manda ¿eh? Mire, ño Serafín, mire qué grande está la becerrita ¿eh? Esta mañana *en poco* le junde un *chifle*³⁶ al caballo, aquel *güey* carabuco que está allí, en la *jalda* ¿eh?³⁷

–Bueno, hombre, bueno–le contestaba mi madre–. Estamos bien enterados de todo... ¿eh?

Yo me propuse hacer una vida de pilluelo, y en verdad que no daba señales de arrepentirme. Ni pizca me importaban las contiendas de los vejetes, los embustes de Bonet ni las discusiones sobre política palpitante que sostenían el Alcalde del barrio, Serafín y dos o tres jumentos³⁸, labradores enriquecidos que se las echaban de hombre públicos y de buenos patriotas.

Mi tío, liberal de alfañique, decantaba las excelsitudes del progreso, encarándose con el Comisario, hombre de pocas ideas y de un genio atroz.

Y manotazos van y palabrotas vienen, mientras yo me escurría hondonada abajo para bañarme en el río o trepar a los árboles.

Libros, cuentas, oraciones, todo lo escondí detrás de los baúles para no acordarme de ellos *per seculae seculorum*.³⁹ Gertrudis me había chiflado y no bullía en mi mente otra idea que la de darle caza en primera ocasión.

³⁶ Chifle por cuerno.

³⁷ Documento para el estudio de la lengua en Puerto Rico podría considerarse esta breve novela, así como gran parte de la literatura del momento. El seseo, el cambio de la h por j aspirada, como en hunde, hosca y halda: junde, josca, jalda. Luego las particularidades del habla campesina: güey sustituye a buey, chifle a cuerno. Se destaca, también la frase «en poco» para indicar «por poco» o «casi».

³⁸ Nuevamente aparece aquí la tendencia a caracterizar a los personajes mediante la comparación con animales. Jumentos: burros.

³⁹ *Per seculae seculorum*: latín: por los siglos de los siglos.

Sucedía no pocas veces que Bonet me invitaba a pescar. Entonces yo me complacía en meterle en apuros, tratando de que zozobrara el botecillo.

–Oiga, Bonet: si me diera ahora la locura y me arrojase al agua ¿qué haría usted?

Y ¡puf!, zambullía al fondo del mar, dejando al mayordomo casi muerto.

A los dos o tres segundos presentaba yo la *jeta*⁴⁰ por cima de las ondas y me reía del semblante lloroso de aquel mamarracho que me encantaba.

–No llore usted, zanganote; mire que soy un buen nadador ¿lo ve?

Tendíame sobre el agua nariz a las nubes y las manos en cruz sobre el pecho, experimentando placer indefinible al deslizarme como un pez sobre las ondas.

–Acabe, niño; no quiero disgustos, véngase al bote, que ya es tarde.

Conversábamos luego como antiguos camaradas. Referíame su historia, un cuento inverosímil inventado para engañar mi candidez. –“En mi juventud fui carabinero del rey”–decía huecamente–“y cabo de mar también del rey”. A dos mil bribones he mandado a la eternidad de un puñetazo”–. Valor que desmentía su timidez de cucaracha.

¡Buen hombre el Bonet de mi cariño! Porque yo le quería sin explicarme la causa. Su astucia, su fanfarronería, su cuellote con nervios de relieve como las cuerdas de un contrabajo; su espina dorsal en forma de luna menguante, en fin, su triste y desmedrada armazón me hechizaba y seducía.

Como nada pescábamos, solía decirle:

–Pero Bonet: ¿cómo va usted a engañar a mi madre?

–¡Cómo!

–Comiendo.

Y descaradamente compraba a cualquier playero una sarta de pescadillos que entregaba muy orondo a la crédula de mi madre.

⁴⁰ Jeta: hocico de los animales. Nuevamente, se insiste en la comparación con los animales, aunque se percibe cierta picardía y humor característico de González Quiara, muy contrario a la visión pesimista del naturalismo en Puerto Rico.

-¿Qué le parece, ña Feliciana? No hemos *perdió* el tiempo.
-Ya! Ya! Estoy muy contenta, Bonet.

En aquellos días de pillaje me pasaba las horas caballero en una rama, hartándome de frutas; y se le ocurría al maestro de escuela dirigirse por el sitio donde yo estaba a su habitación, caía sobre él una lluvia de mangos verdes. El pobre viejo escapaba como una centella sin parar mientes en mi burla:

-¡Pollino! ¡espanta moscas! ¡cara de perro! ¡*coco pelao!*
Esto de *coco pelao* se lo gritaba yo aludiendo a su calvicie.

Docenas de zurras costóme la chanza, porque en cuanto me pillaba Serafín en el catre, de noche y a oscuras, me atizaba sendos bofetones y *jinquetazos* que yo eludía con la almohada puesta de escudo, hasta que harto de sufrir el vapuleo, arremetía de firme con el Quijote, y le derrumbaba en tierra.⁴¹

Suspendíanse las hostilidades cuando súbitamente aparecía Feliciano con la vela encendida y en ropas menores.

-Hay que dar un tremendo castigo a este muchacho o nos comerá crudos, sí señor!-Vociferaba Serafín; pero mi madre le calmaba con palabritas dulces.

-Es un nene; ya entrará en juicio.
-¡Entrar en juicio! ¡qué si quieres!

Yo tenía alma de Cid y corazón de salvaje. Apedreaba al Nuncio Apostólico si me parecía y lanzaba bolitas de papel a la corona del sacerdote los días en que predicaba desde el púlpito.

-¡Es un demonio!-clamaba el pater dirigiéndose a Serafín. ¿De dónde habéis sacado ese guabá⁴²?

⁴¹ Es evidente en esta *nouvelle* la influencia de Miguel de Carvantes y *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. De ahí, posiblemente, se deriva el humor de la narración de González Quiara.

⁴² Otra vez la comparación del personaje con el animal. En su novela *El fondo del aljibe*, Federico Degetau incluye un glosario donde recurre a fray Iñigo Abad en su *Historia gráfica, civil y natural de Puerto Rico*, quien afirma lo siguiente del animal: «El más terrible y venenoso en esta isla (de Puerto Rico) es el que llaman guabá; comúnmente se cria en los troncos de los árboles podridos. Es una especie de araña o más bien un cangrejo, su color oscuro, lleno de zancas, con una tenacita que le sale de la parte superior de la cabeza, como la que tienen los cangrejos. Con ella hieren al que descuidado pone la mano o se aproxima adonde él; su veneno es mortal si no se aplica muy luego el remedio». Puede consultarse la novela de Degetau en esta misma colección.

Si para su desventura lograba pillarme, me le escurría por debajo de la sotana y ¡puf! Daba en el suelo con él, y a diez o doce pasos le hacía burlas con la lengua y los ojos.

Pues, señor, una tarde que estaba yo meciéndome en una rama vi que mi tío se acercaba en compañía de Gertrudis, a quien sin duda requebraba de amor. Poquito a poco fueron avanzando hasta quedar a la sombra del árbol donde yo estaba oculto.

Agucé el oído y escuché la más dulce y sabrosa declaración. Promesas y juramentos; suspiros y sollozos; el gastado recurso de los amantes ramplones, salió *sotto voce* del corazoncito de Serafin al cual le temblaban las piernas.

Resistíase Gertrudis desempeñando divinamente su papel de Julieta, y el tío, agonizante, de hinojos, con los brazos en cruz, trataba de rendir a la fierecilla.⁴³

Yo apenas respiraba, oyéndolo todo, encendido en coraje; hasta que cansado de tener paciencia me desgajé de la rama y caí delante del trovador, en momentos en que éste preguntaba a Gertrudis –¿Me quieres?

¡¡¡Formidable sorpresa! ¡Córcholis! ¿Cómo había de pensar el zopenco que cayera del árbol una fruta semejante?

–¡Mala pécora!–gritó luego que volvió de su asombro.

Ya puntapiés empujéme hasta la casita, donde me le desvanecí como un fantasma.⁴⁴

IV

Tocado de la manía de los tiranos, Serafin, que en lo más recóndito de su corazón me detestaba, se decidió a buscar los medios que le llevasen, derechito a la venganza; porque el rencoroso vejete quería vengarse de la ofensa que yo, un barbián⁴⁵, un gorgojo, un átomo, le había súbitamente inferido.

⁴³ Alusiones a dos obras hay en esta oración: *Romeo y Julieta* y *La fierecilla domada*, ambas del inglés William Shakespeare.

⁴⁴ Este fragmento de publicó en *La Revista Blanca*, año I, número 35, 21 de mayo de 1897; pp. 343-345.

⁴⁵ Barbián: atrevido.

No me perdonaría jamás aquel desgajamiento de la rama tan inoportuno, precisamente cuando la recia y agradecida Gertrudis estaba en sazón.

—¡Un castigo!—exclamaba Serafin, paseándose a grandes zancadas por la alcoba.

Diera mi madre su vida por saber qué clase de castigo, tarde o temprano, me impondría el estanciero de sobretodo y gafas verdes.

Travesura infantil puede llamarse la que hizo estallar de repente la venganza de mi tío.

Impulsado por su amor a la pesca, mi madre proyectó una *juerguita* en bote para que el mayordomo luciese su habilidad, puesto que según enfáticamente decía a todas horas, nadie como él pescaba en menos de un segundo cuatro o seis docenas de anguilas y hasta dos o tres tiburones.

¡Tiburón y grande el tal Bonet! Yo reventaba de risa, figurándome ya la cara que *exhibiría* el granuja cuando llegase la hora de mostrar sus habilidades.

Y fue el caso que una mañana mi madre puso en movimiento a todo el mundo; hizo preparar los anzuelos, los cordeles, la merienda, en fin, los cachivaches necesarios para dar una batida a los *bajeles de ondas* y *escamas* que diría Calderón⁴⁶; vistióse ella una saya azul marino y cubrió sus canas venerables con un *empleita* que sujetó con cintas por debajo de la barba.

Serafin se embutió en el sobretodo, calóse las gafas verdes, sepultó su cabeza donde *vivían* las musas en un hongo ya viejo, y tomando los cordeles y el cesto rebosante de provisiones, emprendió la marcha.

Como era una jornada de tres leguas más o menos, el sol *muy rubio y muy cortés*, nos hizo un ardiente saludo a mitad del camino, obligando a mi madre a abrir su paraguas.

Serafin, a quien molestaban los callos, henchía el aire de tacos y ternos cada vez que tropezaba con las piedras. ¡Era de verle! Se detenía, y se sobaba cómicamente los pies, hasta que calmado el dolor proseguía la caminata.

⁴⁶ Circunlocución extraída de la obra de Pedro Calderón de la Barca para referirse a los peces.

Llegamos a la margen del Oceano, como dijo Serafín abusando de su inspiración macarrónica, y Bonet acercó el bote para cuya operación hubo de meterse en el agua con las piernas desnudas.

Serafín se resistió a embarcarse en aquella cáscara de nuez y dijo que él pescaría desde *la margen*, sobre una roca que por allí se levantaba.

Mi madre y Bonet me rogaron que no les siguiese, o mejor dicho, que no tomara asiento en el bote, temerosos de que le hiciera zozobrar.

Tendíme, pues, sobre la arena, en tanto que mi tío arrojaba al fondo del mar su bien cebado anzuelo.

Espoleó mi risa la idea que acababa de surgir en mi mente y entráronme deseos de ponerla en práctica.

Como yo tenía alma de Cid y corazón de salvaje, según he dicho anteriormente, eché a un lado temores y escrúpulos, y rápido como una centella, zambullí al fondo de las aguas sin que de ello se apercibiese mi tío.

Este, de pronto, experimentó profunda alegría. Con mucho cuidado fue lentamente recogiendo el cordel, sin respirar casi y con los ojos llameantes, en la creencia de que había caído en el anzuelo un pez enorme.

¡Córcholis! Cayó sobre mi tierna humanidad un aguacero de puñetazos y puntapiés que me obligó a devorar la arena de la playa!

—¡Castigo espantoso mereces, baladrón, canallita. Tienes el alma al revés, zascandil.⁴⁷ Mal rayo te parta hijo de tu madre. ¡Caracoles! Voy a patearte el corazón. ¡Eh! ¿qué tal el sinvergüenza? Burlarse de mí *fungiendo* de *cetáceo*. Esconderse bajo las *algas* para pillarme el anzuelo y asomar *incontinenti* su cabeza de ardilla en la *superficie del oceano*! Badulaque⁴⁸, tragamocos, yo te arreglaré los huesos en llegando a casa. ¡Un castigo; pero terrible, horroroso, sin precedentes en *los antros de la inquisición*!!

Así gritaba el armatoste⁴⁹ agitando el sobretodo y con las gafas en la punta de la nariz.⁵⁰

⁴⁷ Zascandil: engañador, estafador.

⁴⁸ Badulaque: persona necia e informal.

⁴⁹ Armatoste: persona opulenta e inútil

⁵⁰ Este fragmento de publicó en *La Revista Blanca*, año I, número 36, 28 de marzo de 1897; pp. 356-357.

Cualquier otro niño se hubiera espantado ante la antipática figura de Serafin.

Retratémosle a la pluma: Alto y flacucho, pero nervioso. Ojos verdes, fulmíneos, rápidos al escudriñar y duros al herir. Cejas pobladas; bigotejo escaso y rubio; boca fruncida y aguda y manos vellosas. Agréguese a estos detalles un sobretodo que le *lamía* las piernas, un cuello que le estrangulaba, un madrás por corbatín, un hongo color de leche y unas gafas redondas cabalgando sobre una nariz luenga y roja como un tomate.

¿Qué tal? Feílo era ciertamente Serafin, y hasta respetable si se quiere; pero maldito el miedo que me inspiraba el poeta de los *rumores blandos*.

Desde aquel día fatal para *el pescador de la roca*, fui un verdadero mártir. Coquetazos por desayuno, pellizcos por almuerzo y zurras por comida. No podía moverme, porque Serafin arremetía contra los pelos de mi cabeza, de los cuales tiraba sin piedad.

—¡Un castigo! ¡Un castigo!—no cesaba de gruñor.

Yo esperaba el tan anunciado castigo, para reírme de él y de su autor.

—Venga usted acá, ladronzuelo.

Poníame de pie, a su lado, y para martirizarme, se empeñaba en que leyese yo en un libro escrito en latín. ¡En latín! Figúrese cualquiera mis apuros y congojas. ¡Leer yo latín!; pero si no deletreaba el castellano ¿cómo había de leer aquellos renglones contusos e ininteligibles para mi cacumen?

—Lea usted de corrido.

—Si no puedo!

—¿No puede? ¡Canallote! ¿Y cómo pudiste agarrarte al cordel? ¿No lo recuerdas? ¿Cómo pudiste *fungir* de tiburón?

—Yo creía...

—Tú creías que era yo un barbián. ¡Pícaro! Te figuras que soy un bodoque? No señor: aquí donde me ves he sido miembro de un jurado, en la ciudad del Oeste, y he dado a luz una obra sobre el origen de los ratones y he cantado en mi patria, la patria.

–Del chocolate y del café?

–¡Bromas a mí! ¡Silencio! Como vuelva a lanzar otra bromita te apabullo!

Un día no pude aguantar las intemperancias del poeta y, entre lloroso y reído, le grité:

–Si me pega usted otro cocotazo, le diré a mamá.

–Qué vas a decirle?–preguntóme con disimulado terror.

–Que usted... que usted... (y aquí puse el grito en el cielo) que usted... estaba enamorando...

–¡Cala!

–Enamorando... a... Gertrudis.

–¡Mentira!

–Y que le cogió las piernas...

–Jesús! Vete, vete de aquí o cometeré una barbaridad.

Escapé muerto de risa.

Pero Serafín, deseoso de vengarse, concibió una endiablada idea.

Acercábase la semana de pasión y mi madre, religiosa intransigente, ordenó que aquel año fuésemos todos a la iglesia a llorar por la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

–Bien!, bien!–expuso Serafín. Preciso es que vayamos todos a la iglesia; y como Periquín no tiene más que algunos trapejos, voy a regalarle un *flus* de paño y un sombrero de castor.

Batí palmas y estuve a punto de tirarle del sobretodo; pero reprimí los arrebatos de mi carácter y esperé con alegría el obsequio.

Un domingo, *al despuntar la aurora*, nos metimos Serafín y yo en la tartana, y horas después llegamos a la Capital.

Llevóme a una sastrería de gran lujo y pidió se me confeccionase con prontitud una levita cruzada y unos pantalones largos y estrechos, a la última moda.

Asustéme y asombróse el sastre. ¡Levita cruzada y pantalones estrechos para un niño de catorce años!

Fue terminante su orden y el sastre, por no perder los durejos, encogióse de hombros y confeccionó el *flus* a gusto del *parroquiano*.

Yo pregunté a mi madre si los niños *podían* gastar levitón largo y pantalones como funda de paraguas.

–No seas bobo–me contestó, sin fijarse en mi tristeza.

Porque si los golpes, los insultos y las amenazas no pudieron acongojarme nunca, la idea de que tenía que envolverme en una levita de paño, me llenaba de dolor.

—Demonio de hombre!—decía yo para mi camisa—¿Por qué se empeña en disfrazarme de caballero?

Aumentó mis congojas el nuevo regalo de mi tío, *consistente* en una chistera o bacín descomunal. ¡Caracoles! ¿Y tal chimenea había de mostrarla en los tristes días de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo?

VI

De las setenta u ochenta casitas de Rocaverde, salieron a la calle con dirección a la iglesia, familias adornadas con los trapos de cristianar, anhelosas de orar mucho y de roer los zancajos, entre rezo y rezo, al prójimo de más o menos copete.

La semana santa en ese pueblucho es un pintoresco espectáculo. Cada vecino luce un traje vistoso; las muchachas llevan prendida en los cabellos una selva de flores; los cintajos flotan en los pliegues de sus vestidos y cada una de esas mocetonas empuña y oprime contra su vientre una vela de cebo que encienden en el altar de su devoción.

Los *acomodados* gastan levitones de casimir hediondos a benzina, jipijapas con cintas de hule, y deslumbrantes corbatines. Algunos, que se las dan de petimetres, abren sus paraguas rojos alumbra el sol o no alumbra, llueva o escampe. Otros, golpean el suelo con bastones de naranjo embellecidos con puños de hojalata o plomo, que figuran bustos de negros mandingues, cara de caballos y serpientes enroscadas.

Los chicuelos exhiben sombreretes de castor, mamelucos de Irlanda y zapaticos de marroquí.

Todos caminan enhiestos y graves, por temor de ajar la pechera o el corpiño. No hablan ni sonríen porque para ellos es un gran pecado mostrarse jubilosos en tan solemnes días.

Todos los labradores de Machuchal *bajaron* a Rocaverde, para asistir a las fiestas religiosas, incluso el peón del estribillo.

—¡Qué bien convolsó el cura! ¿eh? Yo tenía la boca abierta oyendo

la *inturgencia* de don Canuto ¿eh? Pero me picaban las pulgas y tuve que *desaforarme* de la iglesia ¿eh?

Estaba yo casi histérico, sombrío, porque me punzaba a idea de que se había acercado la hora de coronarme con el bacín de pelo, cuya suavidad me producía ataques nerviosos.

Rogué a mi madre que pidiese a Serafin me relevara del compromiso de vestirme de caballero cursi, pero nada logró la pobrecilla.

Serafin con todo grave discutía y probaba que una levita y una chistera tan flamantes como las que él me había regalado daríanme apariencias de persona connotada y llamaría la atención de la juventud de Rocaverde.

–Lo que oyes, Chanita–murmuraba con ma disimulado gozo–Pe-riquillo es ya un hombre de peso, y menester es que vaya acostumbrándose a vestirse como lo requiere su alcuernia y el *tesoro* que ha de heredar cuando yo *lance el último suspiro*.

En resumen: que no hubo medios de convencer al alcornoque de Serafin.

Pero mi madre, que cavilaba mucho para engendrar una idea que me librase del ridículo y hasta del furor de las turbas, concibió por fin la de que dejara yo la levita y la *bomba* en la casa contigua donde habitaba una noble mujer, sustituyendo las tales prendas con un chaquetón de casimir y un sombrero de paja que al efecto me había comprado.

Salté de júbilo y besé la boca de la así me quitaba un enorme peso de encima.

¡Caracoles! Reíame ya de Serafin y me burlaba de su astucia y maldad.

Pero... ¡Oh suerte negra!, el sábado de gloria dio el vejete en la manía de ir conmigo al templo. No pude evadirme; en vano me fingí cojo, tuerto, bizco, jorobado, completamente inútil! El salvaje se sonreía con media boca y guiñaba un ojo.

–¡No me entra esto!–quería decirme.

¡Y no le entró ni una línea!

A las ocho de la mañana del día anunciado para clavarme en la picota del ridículo, encasquetóme Serafin la chistera, me asió por una mano y... ¡adelante!

Carcajada general.

Cuchicheos, codazos, cuchufletas y hasta piedrecillas. Alarmóse la gente con mi aparición. El mundo elegante se mofaba, las viejas me compadecían, y los muchachos me rodeaban dispuestos a derribarme el bacín de un revés.

Mi tío marchaba grave, duro, inflexible, y yo a su lado cas muerto de vergüenza. ¡Cómo pasaba la bomba! Apenas podía andar con aquella túnica brillante!

Metíme en la iglesia en momentos en que un mozalbete decía a su adjunto:

–Saludemos al diputado Periquín.

Tan pronto como entré en la iglesia, escondí el cilindro debajo de un banco y me arrollé los faldones del levitón. No me atrevía a volver los ojos hacia la muchedumbre de fieles; oía, sí, lejos muy lejos el murmullo de los que se reían de mis congojas.

Empero todo hubiera seguido sin novedad, si de súbito no clamorean las campanas, estallan los cohetes y grita el populacho detrás de un carruaje donde se ostentaban orgullosamente dos judas de trapo y serrín.

Verlos, hundirme en la chistera hasta el cogote y salir disparado por entre la multitud, fue obra de un segundo.

¡Nunca lo hiciera! ¡Inocentón! Yo quería gritas, correr, sacudir fuerte a los judas y caro me costó el desliz.

Como perro con rabia, echóse la turba sobre mi levita, la que desgarró de un manotazo, y de un revés envió a las nubes mi chistera de caballero.

–¡Judas! ¡Judas!–gritaban los caníbales.

Y como una pelota, me lanzaban de los brazos al coche de los judas, del coche al espacio y de éste al suelo. Era un continuo voltear que me producía un vértigo atroz. En vano me lamentaba, los pieles rojas ahogaban mis lamentos con su atronador vocerío.

–¡Judas! ¡Judas!

No sé cuántos minutos duró la broma; lo que sí puedo asegurar es que cuando volví del desmayo estaba tendido en un lecho, acribillado de golpes.

A la cabecera, hallábanse reunidos mi madre, Serafín y Gertrudis, la cual se sonreía cada vez que el vejancón murmuraba:

—¡Judas! ¡Judas!

Bien se había vengado el poeta de las gafas verdes. El tan anunciado castigo llegó para regenerarme; porque desde entonces fui un buen muchacho, un verdadero judas sin voluntad ni alegrías.⁵¹

⁵¹ El texto final de la novela apareció en *La Revista Blanca*, año I, número 37, 4 de abril de 1897; pp. 868-870.